

II Domingo del Tiempo Ordinario (16-01-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Hermanos y hermanas, empezamos el Tiempo Ordinario que nos va a acompañar hasta la Cuaresma, y luego lo retomaremos después de la fiesta de la Resurrección del Señor, después del tiempo de Pascua.

Empezamos con este Evangelio que corresponde al Evangelio de Juan (2, 1-11), pero durante el año vamos a comentar y participar de la riqueza del Evangelio de Lucas. ¿Por qué está puesto aquí? Porque, en el Evangelio de Lucas, se insiste mucho en que el Señor trae la alegría, la gracia; y Jesús, en Juan, lo hace especialmente haciendo como una especie de cambio fundamental en la religión de Israel, una religión de purificación en las aguas, una religión de costumbres, para pasar a una religión del sentido profundo de la vida y de la alegría de Dios, que se manifiesta en muchas acciones, situaciones en que vivimos. Y nos pone el Evangelio de Juan, entonces, como un ejemplo de que esa alegría se da en medio de una situación adversa, que es el texto que hoy día leemos, pero que tiene que ver directamente con el papel y la acción de la Iglesia en medio de las situaciones difíciles.

Por eso, vamos a meditarlo hondamente para ver la riqueza de este Evangelio que nos llega al corazón, porque a todos nos gustan las bodas. Siempre las puertas de las Iglesias están llenas de gente para ver a la novia, cómo se ha vestido y todos los chismes del barrio están en torno a la novia que ha pasado por ahí. Por eso, nosotros también con la misma alegría, queremos unirnos a este camino esponsal, matrimonial de Dios con su pueblo.

En efecto, en el Antiguo Testamento Dios le dice a Israel (Isaías 62, 1-5): “Ya no te llamarán “Abandonada”, ni a tu

tierra, “Desolada”; a ti te llamarán “Mi favorita” y a tu tierra, “Desposada”... porque el Señor te prefiere a ti y tu tierra tendrá marido”. Qué bonito es encontrar la persona amada que en este caso es Dios mismo que viene a casarse con nosotros; y todo el camino de Jesús es la muestra de que Dios quiere “contraer matrimonio” con el conjunto de la humanidad, a través del pueblo de Israel y, concretamente, a través de la comunidad cristiana y de la Iglesia.

Por eso la Iglesia se deja inspirar por el Señor y trata de ponerse a la altura de la misión que tiene el ser amados, porque cuando tenemos fe nos reconocemos amados, y entonces, tenemos que amar también como Dios ama a su pueblo, es decir, queriendo casarse con Él. Y por eso, ser Iglesia, ser creyente, es estar en permanente atención a los problemas de la gente para poderlos ayudar a introducir a Dios, que es el que se “casa” con la gente y la Iglesia, que es parte también de ese camino. Pues ahora vemos una cosa muy linda: el texto original dice “al tercer día” (porque el tercer día para la Iglesia, para la tradición, siempre ha sido el día de la resurrección).

Esta manera de ver las cosas propone, entonces, que ya en la vida este pueblo marginado, que no solamente es de Galilea, sino de Caná de Galilea, que significa, algo así como “lo último de lo último”, o sea, como el sector más marginado, porque los cananeos eran la lengua y la sociedad que había vivido mucho antes de los hebreos. Y estos cananeos eran vistos mal, como si fueran una tradición antigua, un pueblo originario que no hay que tener en cuenta.

Ya Galilea era una zona marginada, pero a la vez, en lo marginado de lo marginado, hay una cosa linda, hay una fiesta de bodas. Porque, quizás, esto del “tercer día” nos está recordando que, quienes aprendieron en el camino de la fe a reconocer el amor del Señor, fueron los más

marginados, los últimos, para los cuales, Jesús, dedicó toda su vida.

Y por eso, entonces, es una cosa interesante y linda que, además, esta gente sencilla haya invitado a María, a Jesús y a sus discípulos. Es decir, ha invitado también, a otros “marginados”, porque María concibió al Señor en Galilea, después va a Judea para cuidar a Isabel, y siempre se movió entre los pobres. Su canto, además, es el canto precioso para la gente sencilla, la alegría del Señor que ha introducido la esperanza en la humanidad.

Y hay una cosa bien importante que hemos estudiado juntos, hemos pensado juntos, hemos reflexionado juntos muchas veces: María “guardaba estas cosas en su corazón”, es decir, María es una persona sabia que valora la experiencia y la medita hondamente, que es una de las cosas que nos falta hoy día en el mundo. Leí una noticia que decía que, en la humanidad de hoy, el nivel de peso de la emoción para tomar decisiones es mayor que el peso de la reflexión. Nos apuramos demasiado, estamos haciendo como el apresuramiento de Eva, que se come el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Y esto es serio, porque cuando uno se apura demasiado, no puede ver los problemas, no puede identificar dónde está lo principal, y todo le parece igual, y al desesperarse, entonces, uno comete graves errores y hasta pecados.

María, entonces, estando invitada, agarra la situación y ve un detalle. El Papa Francisco, en unas palabras a los sacerdotes, los hizo cantar una canción que se llama: ¡Qué detalle Señor has tenido conmigo! Pues María es muy detallosa, y eso es muy propio de las mujeres, y este Evangelio exalta realmente la grandeza de la mujer que se sabe fijar en los detalles. Y dice aquí el texto que ella se dio cuenta de que faltaba el vino: “Señor, No tienen vino”. Y se lo dice a Jesús pidiéndole como una oración. Ya María es

una discípula aquí del Señor, siendo Él su Hijo. Entonces Jesús le contesta: “¡Mujer!, que tengo contigo, todavía no ha llegado mi hora”.

¿Por qué le dice así Jesús? Parece retrechero ¿no? Porque a los 12 años era “aventado” - como recordamos en los textos de Navidad-, fue al templo, se escapa de casa. Aquí está más cauto Jesús, porque va a vivir todo un drama y empieza a darse cuenta que hay problemas, y entonces, es necesario anunciar el Evangelio con claridad, con fuerza, pero también con inteligencia y prudencia. Y también hay que saber en qué hora estamos, no en qué hora en sentido cuantitativo, sino si es un momento adecuado y justo, un momento oportuno.

Esto es muy importante, porque, para Jesús, el tiempo es, sobre todo, un tiempo cualitativo, no cuantitativo, no es cuestión de cantidad de tiempo, es, qué calidad de tiempo vivimos, qué está pasando, cuál es el problema por resolver hoy día.

Y por eso responde así, pero inmediatamente María - que conoce bien a Jesús - da la orden a los sirvientes: “Hagan lo que Él les diga”. Estas palabras van dirigidas a todos nosotros, todos somos creyentes le pedimos al Señor: “Señor, dinos qué tenemos que hacer, inspíranos, danos la palabra oportuna y justa para enfrentar una situación determinada”. Y en este caso, el detalle en el que se ha fijado María es muy importante.

Nosotros no entendemos mucho porque no se suele usar el vino en el Perú, ahora un poquito más. En Ica, quizás, mucho más, donde están todos los viñedos. En otros países es muy fuerte, y en los países de la zona oriental, próxima a Europa, sin duda, en todo el Mediterráneo, el vino es muy importante. Es un ingrediente fundamental en una fiesta que, si no hay

vino, no hay fiesta; es como aquí que falte la cerveza (el problema está en que a veces nos excedemos).

Lo cierto es que aquí también hay un exceso. Dice que el Señor les ordenó que llenaran las tinajas que estaban destinadas para las purificaciones de los judíos, es decir, para las costumbres judías del “lava que te lava, porque eres impuro, necesitas mucho lavado y tienes que arrepentirte mucho de todo para poder conseguir la salvación”.

Pues el Señor va a convertir esas aguas en vino. Hay un salmo que dice en la Biblia: “Dios hizo el vino para traer alegría al ser humano”. El vino está hecho para “alegrar el corazón” del ser humano, hombre y mujer. Es un signo de alegría, por eso llamamos a María también “la Virgen de la alegría”, no solamente porque el Ángel le dice: “Alégrate, llena de gracia”, sino porque ella también ve la ocasión para repartir alegría, para propiciar la alegría en una situación triste.

Hoy día el Papa ha dicho que si María no hacía esto, la fiesta del matrimonio “se aguaba”. Decía bien claramente que la alegría que Jesús deja en el corazón es alegría plena y desinteresada. No es una alegría “aguada”. Y una fiesta aguada no es lo mismo que una fiesta que tiene un poco de tono. En ese sentido, hermanos y hermanas, a pesar de que sea una cosa muy pequeña ésta, se nos está diciendo el rol y la misión que tiene la comunidad cristiana en medio de la humanidad: alegrar el corazón del ser humano.

Por eso en la Eucaristía, el Señor que hizo **el sacrificio único de su vida**, no tantos sacrificios sino el único sacrificio que nos salva, que es entregar su vida, lo representó bajo los signos del pan y del vino: “Este es mi cuerpo”, “esta es mi sangre”, sangre que está “derramada en favor de” todos nosotros para que nos alegremos, para que nuestra vida se alegre. ¿Por qué? Porque es el signo de que ese sacrificio

que hace Jesús, que es único, es de amor gratuito y no es una tortura. Es cierto que fue golpeado seriamente por los enemigos, pero Él toma la decisión de aceptar ese sacrificio como un signo de esperanza para la humanidad, introduciendo la alegría de Dios, la gracia de Dios.

Por eso, hermanos y hermanas, esto viene para nosotros, cómo nos colocamos ante situaciones difíciles en donde hay detalles que resolver, que, si los sabemos percibir, entonces, las cosas pueden marchar mejor. Eso se puede aplicar a problemas que tenemos hoy día en la casa, situaciones difíciles, no tenemos trabajo, etcétera, ahí tenemos que hacer lo mismo que María: Ella observa, María discierne, está atenta a los problemas de la gente, y entonces, acierta.

Por eso, el cristiano tiene que ser inteligente, profundo, perceptivo, contemplativo; y esa contemplación no debe ser para escaparse del mundo, sino al contrario, para comprender cómo Dios está presente en el mundo.

Y hoy día, el Papa Francisco, ha dicho una cosa muy interesante: además de este gesto de María, Jesús hace este milagro un poco apartado de la fiesta, de tal manera que ni siquiera el mayordomo sabe de dónde es el vino. Es decir, Él hace las cosas, dice el Papa hoy día, “de una manera discreta” que casi es imperceptible, y que, sin embargo, coloca en las situaciones, en este caso, algo nuevo que poquito a poco se va a notar: con cada copa que tome la gente, todo el mundo va a darse cuenta de que es un buen vino, y no uno aguado. Por lo tanto, se trata de que, como cristianos, no solamente actuemos y ayudemos en una situación a la ligera, sino que ofrezcamos lo mejor de nosotros en cada situación.

Estos días, en el retiro que hemos tenido con los sacerdotes, nos decía el padre Julio que dio el retiro: “No se trata solamente de que ustedes prediquen y digan a la gente que

deben hacer esto y lo otro. También hay que **acompañar**". Sin compañía, si nosotros no estamos atentos a todas las situaciones, entonces nos convertimos en una Iglesia que dice las cosas y después se lava las manos.

El problema es cómo vamos haciendo una Iglesia que acompaña siempre. Y allí tenemos nosotros este ejemplo: Jesús, María y los discípulos que presencian esta realidad viva de Jesús, que despierta la esperanza en la gente y permite la fe para acompañar el proceso. Podríamos decir que toda la vida, ante los problemas que tenemos, María está orando por nosotros. Por eso rezamos: "Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios". Porque, justamente, María se dirige a Jesús e intercede por nosotros, y Él resuelve las cosas, pero desde lo escondido, calladito, así lo hace. Y eso que es imperceptible, nosotros, que somos discípulos, lo comenzamos a mostrar a la gente. La Iglesia tiene que mostrar permanentemente en las situaciones adversas, cómo está presente la maravilla de la alegría del Señor, y cómo ayuda a que esa alegría crezca.

Hermanos y hermanas, con esta tristeza que tenemos en este mundo hoy día, con esta crisis que vivimos y ahora con la nueva variante que empieza a atacarnos por todos lados, a veces no da ganas de anunciar esto ¿verdad? Y, sin embargo, el Señor está haciendo su camino y estemos atentos, porque está escondido, detrás, transformando el "agua de la tristeza" en el "vino de la alegría y de la esperanza".

Esta es la tarea tan importante para todos nosotros: hacer posible que todo el mundo crea, porque los signos del Señor se representan en cosas bien concretas en donde están presentes sus esperanzas. Hay un dicho que se dice siempre: "Al mal tiempo, buena cara" ¿Y por qué decimos eso? Porque el Señor nos enseñó a encontrar la buena cara del mal tiempo. *Todo "haz" tiene su "envés"*, toda cosa que,

aparentemente se presenta de una manera, desde el punto de vista de la fe cristiana - también se puede decir humanamente, pero mucho más el cristiano - el cristiano no se amilana, encuentra dónde está el Señor convirtiendo el agua en vino. Y primera tarea para todos nosotros, sobre todo, el no hacer una “religión aguada”, sino una religión sabrosa, linda, llena de emoción, llena de alegría y llena de inteligencia; y que despierte vivamente la conciencia de todos los que tenemos responsabilidades. Y lo decimos también por nuestro querido país y por nuestra querida Lima, que tiene cantidad de problemas, y necesitamos iniciativas, necesitamos tener la capacidad de inventar cosas que creo que la nueva generación está muy atenta.

Felizmente tenemos a los que vienen después de nosotros, la juventud, que tiene mucha destreza para imaginar algo nuevo, porque está buscándolo. Que nuestro aliento como Iglesia les sirva a todos los jóvenes para encontrar soluciones respecto a generaciones que ya hemos pasado bastante y que ya nos hemos equivocado bastante también, como para continuar colocándonos a la cabeza de las cosas. Lo estamos viendo en todo el país, es necesario una generación que renueve, desde el corazón humano y espiritual de nuestra sociedad, la vida de nuestro país, y también lo necesitamos en la vida de la Iglesia.

Convoco a todos los jóvenes que tienen entusiasmo, intuición y alegría en el Señor, que también se acerquen porque podemos participar tanto como laicos, en las parroquias, como también, como futuros sacerdotes en el seminario. Todos podemos participar e ir creando un camino nuevo para esta Iglesia que necesita vivir de los detalles de María y de los gestos y los signos del Señor. Y Dios nos acompañe todo el año disfrutando del Evangelio de Lucas.